

Un editor americano

Por Augusto ROA BASTOS

En el gigantesco homenaje de desagravio a don Gonzalo Losada, celebrado recientemente en Buenos Aires, con numerosas adhesiones y discursos, el novelista paraguayo Augusto Roa Bastos habló en nombre de los escritores latinoamericanos. Como tal representante nuestro y por haber expresado adecuadamente el sentir de los intelectuales de esta América, a la cual tanto dio Gonzalo Losada, publicamos este discurso.

En este Continente de libros perdidos, de autores desconocidos, donde una fabulosa cantidad potencial de talento se despilfarra día a día sin que pueda siquiera llegar a manifestarse, una obra como la de Gonzalo Losada adquiere una trascendencia singular. Es una lección y un desafío en el más noble sentido del término. A lo largo de un cuarto de siglo, esta labor infatigable ha logrado la concreción de un acervo bibliográfico que, por su magnitud e importancia, supera las limitaciones de un fondo editorial común, para convertirse en una suma antológica de obras de autores representativos de todos los tiempos. Junto a los libros capitales de la cultura del mundo, él ha buscado relevar a fondo la oscura y dislocada topografía de nuestra cultura, rescatar a sus clásicos, descubrir nuevos talentos, tender puentes de unión y comprensión espiritual, ayudar a restablecer y perfeccionar, en suma, la comunión de las colectividades y culturas nacionales que viven en el encierro y aislamiento de sus fronteras, ignorándose mutuamente, a pesar de la base de sustentación originaria del idioma y de una tradición cultural común. Exento de toda restricción sectaria, multiforme pero orgánico y coherente en un amplio despliegue de temas e ideas, de constancias y testimonios, el repertorio erigido pieza a pieza por Gonzalo Losada, y sus colaboradores, se halla identificado por entero con el sentido ético y normativo de la vida cultural americana en su genuina orientación humanista. Tal es la naturaleza de su contribución al humanismo en América. Una obra semejante sólo podía ser el resultado de una fe, la coronación de una larga certidumbre en las posibilidades que agitan sus nebulosas dispersas sobre la inmensidad de un ámbito en genésica ebullición.

En este Continente bravío, bárbaro, pero aún virginal de nuestra América mes-

tiza, cuya anexión al dominio del hombre de la cultura sólo va consumándose lenta y dramáticamente por mediación de sus espíritus más lúcidos e insomnes, más inconformistas y rebeldes, el libro es, sin duda, uno de los instrumentos esenciales para la captación de la realidad. También lo es para la destrucción de los falsos mitos y tabúes, para el análisis crítico de una sociedad cuya estructura reaccionaria, basada en el privilegio, anclada en la inercia de formas caducas de vida y pensamiento, teme lo nuevo y procura bloquear su insurgencia.

En este continente tenemos la miseria y el hambre en los niveles infrahumanos del subdesarrollo; aquí imperan el desvalimiento y la ignorancia en sus formas más extremas; más de la cuarta parte de una población de docientos millones de almas se halla sumergida en las tinieblas del analfabetismo; aquí reinan la persecución y el despotismo de sistemas feudales que mantienen y superan las aberraciones del antiguo régimen colonial; aquí las fronteras nacionales se levantan como barreras de aislamiento; algunas de ellas se cierran como muros sobre la opresión y el martirologio de colectividades enteras.

En un Continente como éste, el libro se convierte en una herramienta irreemplazable de liberación. Alberdi hablaba de las obras que se dan como actos de coraje. Cuando el libro se aplica a la transformación de la realidad, al perfeccionamiento y dignificación del hombre en sociedad, constituye en efecto la forma más pura y positiva de la acción.

Pero el autor de esta herramienta nada podría hacer sin la vocación similar de un editor, que la dinamice y difunda, que la ponga en manos de innumerables lectores, integrando de tal manera la tríada necesaria de este fenómeno de iluminación y de acción.

Pues bien, un hombre así ha sido condenado a prisión. La causa aparente, o mejor dicho el pretexto argüido, es uno de estos libros en el que se analiza aguda y descarnadamente un drama de nuestro tiempo. Premiada en su país de origen con uno de los galardones literarios más importantes y juzgada por la crítica responsable como una de las obras más valiosas de la novelística francesa contemporánea, el oscurantismo que padece nuestra cultura la ha puesto en su *index* bajo la forma de una sanción judicial que impone a su editor y traductor una pena sólo compatible con el castigo de un bajo delito. Las opiniones más autorizadas e insospechables se elevaron y continúan manifestándose en todas partes del mundo para impugnar este suceso bochornoso, típico exponente de los métodos de represión literaria en que se hallan empeñados los celadores y cazadores de brujas de nuestra cultura.

No entramos a cuestionar esta sanción de la justicia, sería ocioso hacerlo. Acaso, en el fondo, ella sólo reconoce con sentido inconsciente y refleja la existencia de uno de esos actos de coraje moral que señalaba Alberdi.

En momentos en que se envenena impunemente a los adolescentes y a los

niños con la atroz mercancía de las historietas, de los *comics*, de los *crimebooks*, con el producto comercial de la peor pornografía que convierte los quioscos callejeros en escuelas de vicios y de crimen, resulta grotesco que se pretenda proteger las buenas conciencias de los adultos con esta especie de fallo inquisitorial que consagra una impostura.

Su contraprueba es el propio texto de la sentencia, en el que el juzgador, para fundamentar su fallo, emplea un lenguaje y un razonamiento cuya crudeza, cuyo estilo directo y sin eufemismos ni subterfugios, y cuya descripción técnica de la depravación humana, superan generosamente no sólo a los del libro incriminado sino a los que ostentan industrialmente los más reconocidos y acreditados productos de la literatura realmente pornográfica. ¿Qué pena correspondería al autor de este texto que tiene el poder de mandar a un hombre a la cárcel y al editor que se atreviera a publicarlo? Supongamos que el juzgador haya querido analizar honestamente, sin falsos escrúpulos de conciencia y sin las ñoñerías de un lenguaje convencional la materia en litigio, ¿no está practicando con ello el derecho y el deber que incumben a los analistas de la sociedad, a los esclarecedores de la conciencia humana, que son los escritores? He aquí la contradicción irremediable en que incurren los que persiguen y reprimen la libertad de expresión en nombre de falsos principios, pero bajo la presión de concretos intereses.

Como consecuencia del clamor mundial que ha suscitado este hecho, nos hallamos reunidos aquí para testimoniar a don Gonzalo Losada nuestra solidaridad. El número y la calidad de las presencias que lo rodean y de las innumerables adhesiones recibidas, hacen de esta reunión más que un convenio meramente platónico, una verdadera asamblea de intelectuales, artistas y escritores, de legisladores y dirigentes políticos, de editores y difusores del pensamiento, de gente amante de la cultura, sin distinción de credos ni de ideologías. Ello infunde a este homenaje no el sentido de un desagravio —que no lo necesita—, sino la estrecha y espiritual participación en un acto de justicia y de reconocimiento.

En nombre de los escritores latinoamericanos, por fortuita e inmerecida designación, dejo este testimonio pidiendo para él la fuerza de un pronunciamiento y de un pacto: el pronunciamiento solidario de nuestras colectividades contra toda forma de opresión y deformación de su cultura, el pacto de resistir a estas agresiones y de impedir que se repitan.

[Tomado de *Marcha*. Montevideo, julio 14 de 1961].

